

Ciudadanos en soledad

La Ciudad de Buenos Aires nos propone soledades. Ruidosas soledades. En ella se pierden los cantos de las aves. El zorzal y la calandria; los loros barranqueros y los benteveos no pueden con los motores, el tránsito, bocinas y frenadas. Permanente fondo de tempestad bravía en ritmo tecno que destruye los silencios. Las charlas se quiebran de intimidad, porque deben efectuarse a gritos.

En la Ciudad de Buenos Aires, como ocurre en otras grandes ciudades de nuestro país, del mundo...

Pero existen otras soledades que no se vinculan al silencio, o tal vez responden a otro silencio, el de la insensibilidad. Las que producen impotencia ante la indiferencia en el reclamo de verdad, equidad y justicia. Esta demanda excede, sin duda a la Ciudad de Buenos Aires. Es compartida.

Todo el país, mejor, todos sus habitantes, quienes se encuentran apartados de las proximidades del poder, reclaman otra manera de vivir. La falta de correspondencia entre aspiraciones y logros, la incertidumbre de la permanencia y validez de los valores, el desconcierto que genera que la brújula moral que antes nos orientaba, gire loca por efectos de la impunidad, la corrupción y el despegue ante la exclusión social, que despojan la dignidad de cada vida humana.

Todos los ciudadanos reclaman, porque lo merecen, desarticular esta soledad desde la solidaridad y la cooperación.

Anomia es un concepto sociológico utilizado para describir la situación en que las personas no encuentran normas sociales que orienten sus comportamientos. La sociedad puede funcionar porque propone a cada individuo u conjunto de expectativas de proceder que posibiliten el mutuo ajuste de conductas. Cuando unos cumplen y otros no, se quiebra la expectativa que facilita y ordena y se desmorona el edificio social. El derrumbamiento de la normatividad genera la desorganización de sus conductas y, en casos extremos, **desintegración social**. Ocurre porque los deseos no son proporcionales a los medios o porque los ciudadanos se proponen demandas que la realidad de un sistema social indiferente y cruel manifiesta irrealizables.

Amplio es el listado de ejemplos que arrinconan al ciudadano en la soledad: la corrupción económica; impunidad ante la justicia de quienes detentan poder; desigualdad en los derechos; inestabilidad y deterioro del trabajo; las diferencias de seguridad pública entre barrios privados y los restantes "cien barrios porteños"; la desigualdad de oportunidades de vida de quienes se asisten con una medicina pública, sostenida por la tenacidad de los médicos, los auxiliares de medicina y el voluntariado, y los sistemas privados de salud "5 estrellas", o una escuela que propone conducción y dirigentes y otra orientada a generar mano de obra y obedientes. Cada lector puede incluir en este listado otros ejemplos, tal vez su propio caso.

Los síntomas de la anomia se traducen en soledad, indiferencia ante los otros, quiebre de la solidaridad, autculpabilidad por los fracasos, destrucción de la identidad, pérdida de la autoestima, angustia, stress, divorcio, desarticulación de la familia, enfermedades psicosomáticas y pérdida de las ganas de vivir, hasta proponer la meta

del suicidio como única oportunidad, cual lo describiera Emilio Durkheim a principios de este siglo.

Mientras esto les ocurre a las personas, quienes ocupan las diferentes instancias del poder se ocupan de las cuestiones del mercado, de la política nacional o transnacional, desde la venalidad de sus ilegítimos propósitos o la indiferencia farisea. Mientras esto les sucede a las personas, ejércitos de tecnócratas y burócratas confunden expedientes con hombres y mujeres de carne y huesos; disposiciones y reglamentos con las leyes de la vida y hasta la propia existencia con escalafones.

Quienes deben proveer las legislaciones que promuevan la realización de cada uno de nosotros -porque cada uno de nosotros es único e irremplazable- (*"el hombre es la suprema improbabilidad"*, decía Ludwig von Bertalanffy) se centran en sus intereses y "contubernios", antes que en el modo eficaz de cubrir las necesidades del pueblo representan y con el que deberían colaborar para facilitarle el proclamado "bien común, natural y plenario", porque para ello fueron "optados", que no elegidos.

La imagen de la orfandad es, probablemente la que concentra de manera más clara la idea de soledad. El huérfano se encuentra existencialmente solo. La mano del padre es un gesto vacío en el aire que brilla en la memoria, pero los recuerdos no abrigan...

La soledad de los ciudadanos comunes, los que hacen la historia desde los actos cotidianos de amasar el pan, ardiéndose de hornos, educar al niño, nevándose de tiza, o atender al pobre, arropándose de frío, es producto de esta anomia que se origina en una intolerable indiferencia y resultado de una formidable confusión entre vivir y bienestar, ser y tener, hacer o durar.

Estos ciudadanos en soledad que transitan, sin cantos ni silbidos, la Ciudad de Buenos Aires, merecen aspirar a mejor destino. Tienen derecho a que quienes organizan y distribuyen el poder comprendan, de manera substancial y permanente, que la vida no ofrece dobles oportunidades; que cada existencia es flecha arrojada en una sola dirección. Que cada nacimiento es oportunidad de entregar a esos nuevos ojos, abiertos al asombro, un mejor paisaje, construido con la razón, la imaginación, la equidad y la libertad, componentes básicos del acto de justicia, porque, como dijera Bertolt Brecht, ***"señores, esto no es un ensayo general, esto es la vida..."***